

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

(Capítulo del libro “Contemplativos”, escrito por José Asenjo Sedano)

San Josemaría Escrivá de Balaguer constituye, a mi ver, una novedad en la actualidad católica de nuestro tiempo, abriendo un camino a la contemplación que costó mucho hacerse entender. Y sin embargo, dentro de la Iglesia, no significa nada nuevo, ese camino desde el principio está en el Evangelio. Lo que Dios nos pide son adoradores en espíritu y en verdad y ese es el mensaje que propone el Opus Dei, proclamando que la santidad, la vida contemplativa, es posible dentro de las actividades ordinarias del cristiano. No sólo dentro del convento se hace uno santo, también es posible en la calle, en la familia, en el trabajo... ¡en todas las actividades humanas santificables! “Esta es la voluntad de Dios, que seamos santos”.

¿Y que es la contemplación? Pues es igual a acción de gracias, donación, entrega. Algo que mucha gente desconoce, porque ignora lo que son las acciones de gracias, las jaculatorias, el valor añadido que aporta el trabajo al ofrecimiento realizado a través del sacramento del bautismo, de la misma manera que el sacramento del orden permite transformar sustancialmente en cuerpo y sangre de Cristo, el pan y el vino...

CONFESIÓN DE UN HIJO DE DIOS

Cuando en junio de 1975 los periódicos traían la noticia del fallecimiento, en Roma, de Mons. Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, nada significó esa noticia para mí. En nada me afectó. La muerte de Escrivá de Balaguer era un suceso de los muchos que se cuentan a diario, un comentario sensacionalista quizá. Lo que yo sabía del Opus Dei, como mucha gente, se refería a algo enigmático, una asociación especial poderosa e influyente, lejos de mi persona. Por lo que, como digo, no cambió mi cotidianidad para nada. ¿O sí?

Sin embargo, estando en Cádiz, un día pasé por una librería, mi parada habitual, y descubrí un librito de edición frágil, con un dibujo a color en la portada de la Sagrada Familia, el título, “*Camino*”. Me interesé por él, no sé por qué. El libro llevaba la firma de José María Escrivá de Balaguer, sacerdote discutido. Quizá por eso lo adquirí, pero no recuerdo si llegué a leerlo. Bastantes años antes, siendo muy joven, en Guadix, mi pueblo, un pariente nuestro, estudiante universitario de Químicas, venido de Granada, miembro del Opus Dei por los años cincuenta, quizá antes, me dio una estampa de Isidoro Zorzano, un ingeniero argentino en proceso de beatificación del que me habló con encomio.. Estampa que guardé sin más entre mis libros. O quizá le encomendara alguna cosa. Ahora no lo se. Estos son mis antecedentes, si pueden llamarse así, relacionados con la Obra, escasamente conocida en mis ámbitos. Una estampa y un libro. Dos hallazgos, como digo, sin importancia, como hojas que el viento se llena en su vuelo. Eso es lo que yo creía.

Pasaría el tiempo y, un 26 de junio como aquel de 1975, esta vez de 1983, fallecería mi madre en Guadix, lugar del que apenas había salido en su vida, salvo viajes esporádicos a Granada o Almería. Padres de diez hijos sacados adelante en tiempos difíciles, años de

la posguerra, mi madre era mujer religiosa y sacrificada, siempre vestida de negro, ¡tantos sus familiares muertos! Valiente y tenaz en tiempo de guerra y en tiempo de paz, tuvo que habérselas pronto con un hijo, Paco, mi siguiente, con una esclerosis en placas que lo convirtió en un inválido prematuro, un producto quizá de la penuria, años atado a su cruz, siempre orante, mi primer contemplativo conocido en una casa de muchos niños y jaleo, escolar inteligente, que moriría joven, para mi, en loor de santidad. Le visitaban algunos sacerdotes atraídos por sus largas conversaciones sobre la misericordia divina, su tema favorito. No fue fácil su cruz con hechura de silla. Mi madre fue su consuelo permanente, siempre a su lado. Paco conoció con antelación el día de su fallecimiento, que sólo a mi madre reveló. Niño revoltoso ávido de juegos, al final de su vida se entregó por completo a la voluntad de Dios, su única esperanza. Y en manos de Dios falleció... Estos dos hechos, la muerte de mi hermano y la muerte de mi madre siempre con el rosario en la mano, marcarían mi vida con fuego indeleble. Siempre he tenido la certeza de que ambos han tenido mucho que ver con mi vocación al Opus Dei. Ellos desde el cielo, y aquellas dos semillas insignificantes en apariencia, (la estampa de Isidoro de una tarde de verano, y la adquisición del libro de “Camino”, otra tarde de Cádiz), marcarían los tiempos de mi vida futura, estoy seguro. Una mano oculta iba tejiendo, pese a nosotros, la urdimbre de un tapiz, nuestra vida cara a Dios.

LA LLAMADA A LA SANTIDAD

Año 2007, 15 de octubre, día de la Santa de Ávila, mi maestra de letras y andaduras místicas, quién lo diría, se cumplieron veintidós años de la admisión de Adela (mi mujer) y mía en el Opus Dei, (1985), decisión que necesita una necesaria explicación, cómo se realizó el paso de la indiferencia a la convicción de una llamada imprevista y personal, que vendría a recomponer nuestro deteriorado tejido espiritual, largo tiempo en el olvido. Cierto que nunca faltábamos a misa, nuestros hijos hicieron la primera comunión, nosotros mismos asistíamos a alguna charla del colegio o la parroquia por Cuaresma y Semana Santa...Lo que no quitaba que lleváramos una vida como la de cientos de personas honorables que viven su cristianismo de manera rutinaria, superficial, más cerca del paganismo natural que del orden moral y profundo, serio, que exige la condición de bautizados, de hijos de Dios. Hacía tiempo que teníamos abandonadas nuestras oraciones familiares, tesoro de la infancia y mocedad. Nuestros rezos eran escasos o nulos. Buenos, si, no hacíamos mal a nadie, hasta dábamos limosnas, pero no éramos auténticos cristianos, diferencia esencial que muchos no se plantean pensando que con la misa, unas limosnas y unos rezos, basta: la gente de la calle no hemos hecho profesión religiosa. De alguna manera quedábamos excluidos de la santidad heroica, propia de curas y frailes. Ya ellos se encargan de pedir por nosotros. Nosotros éramos simples cristianos ocupados de las cosas del mundo, ocio y negocio, de escasas obligaciones religiosas, todo lo más la santa misa dominical... Entonces, ¿qué?

Pregunta baladí, seguramente necesaria. En la misma vida de la Iglesia, poco papel el de los cristianos laicos, esa masa humana que deambula por los caminos del mundo. ¿Estaba garantizada nuestra salvación migratoria sin más? Toda esa imponente multitud que desfila por la Historia, continentes enteros, ¿teníamos sitio en el cielo? ¿Qué papel el nuestro en ese destino final del hombre? ¿No había dado también Cristo su sangre por estas muchedumbres sin nombre que pueblan nuestras ciudades y calles, personajes sin historia? ¿Se hizo esta pregunta don Josemaría Escrivá, sacerdote joven e

inquieto, desde su atalaya de aquel 2 de octubre de 1928, mientras oía el repique de aquella campana milagrosa...? ¿Qué pasaba con nosotros, gente perdida en el afán de cada día, hombres y mujeres, moneda de cambio de los juegos políticos y sociales? La respuesta la obtuvo rápida monseñor Escrivá de Balaguer, que debió meditar muchas veces sobre este asunto. Él mismo lo cuenta: “Recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles (sus notas personales, a las que era tan aficionado). Conmovo me arrodillé, estaba en mi cuarto, entre plática y plática, di gracias al Señor, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles.” ¡La llamada a la santidad es para todo el mundo! ¡Todos estamos llamados a ser santos! Los caminos de la santidad están abiertos y es necesario que se llenen de las pisadas, de personas que corran al gran banquete del cielo... ¡Urge pregonar esa llamada!

“Desde ese momento, contaría otro 2 de octubre de 1962, no tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a trabajar, a moverme, a hacer: a poner los fundamentos.”

“La Sabiduría infinita me ha ido conduciendo, como si jugara conmigo, desde la oscuridad de los primeros barruntos, hasta la claridad con que veo cada detalle de la Obra, y bien puedo decir: Deus docuiste me a iuventute mea; et usque nunc pronunciabo mirabilia tua (Ps. LXX, 17), el Señor me ha ido adoctrinando desde el principio de la Obra, y no puedo menos de cantar sus maravillas y luchar para que se cumpla su voluntad, porque está en juego la salvación de mi alma, si no lo hiciera.”

“¿Te parece poca locura decir que en medio de la calle se puede y se debe ser santo? ¿Qué puede y debe ser santo el que vende helados en un carrito, y la empleada que pasa el día en la cocina, y el director de una empresa bancaria, y el profesor de la universidad, y el que trabaja en el campo, y el que carga sobre sus espaldas las maletas?...¡Todos llamados a la santidad! Ahora esto lo ha recogido el último Concilio, pero en aquella época –1928- no le cabía en la cabeza a nadie. De modo que...era lógico que pensarán que estaba loco... Ahora parece natural, pero entonces no era así. A uno que quería ser santo le decían: “Pus, métete... Frandinho”, (respuesta de don Josemaría a una pregunta que le hicieron en una tertulia en Brasil.)

La novedad, tan antigua como el Evangelio, de las palabras de san Josemaría es que “la santidad no es cosa de privilegiados, a todos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión u oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencias, puede ser medio de santidad y no es necesario abandonar el propio estado en el mundo para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo. Lo extraordinario nuestro –dirá en otra ocasión- es lo ordinario: lo ordinario hecho con perfección. Sonreír siempre, pasando por lo alto –con elegancia humana- las cosas que molestan, que fastidian: ser generosos sin tasa. En una palabra, hacer de nuestra vida corriente una continua oración.” Poner en juego los talentos que Dios nos ha dado, santificándonos en el trabajo, haciéndolo materia santa y dimensión social, buscando la santificación de los demás. Pequeñas cosas que, por su elevación, adquieren un valor infinito...Es así, casi sin advertirlo, como vamos correspondiendo al amor que Dios nos tiene, convirtiendo en oro las piedras de nuestro continuo sacrificio, ese Cristo que pasa entre los hombres...

Y es esa entrega permanente, esa donación de nuestra vida pobre e insignificante, esa acción de gracias continua como el latir del corazón, es lo que se llama contemplación, conversación del alma con su Huésped, más si es ofrecida como ofrenda de amor en la Eucaristía, unidos al pan y al vino, transformados en sustancia del cuerpo y sangre de Cristo, nuestro intercesor ante el Padre...Actos de amor, jaculatorias, palabras o miradas, lámpara encendida día y noche delante del tabernáculo...

Quedaba claro que, los caminos de la santidad son también nuestros caminos, ¡que nadie está excluido!, que no basta con parecer bueno, sino que hay que serlo sin extravagancias, sin tener que hacer cosas raras. Nuestra vida diaria, con sus actividades ordinarias, es el campo de nuestra santidad, siempre la flecha señalando el orto, al Dios que viene y alegra nuestra juventud. Dios nuestra fortaleza, el pastor que pastorea su rebaño, el redil de la salvación. ¡Todos ovejas de su rebaño! ¡Él sólo que conoce nuestros nombres y por nuestros nombres nos llama! ¡Venid a mí todos los que estéis cansados, agobiados...! Si buscamos la felicidad, y es claro que la buscamos, es obvio que Dios es ese encuentro, fuera la ronda del lobo disfrazado de oveja, el maligno traidor con sus llamadas de acecho y codicia, animal de carne estruendoso y fiero que solo busca nuestra perdición para siempre. ¡Y son tantos los que se dejan seducir por sus llamadas engañosas! ¡Por el deslumbramiento de sus promesas! ¡Tantos los caminos infernales que se abren a nuestro paso!

“El cielo es lo que importa. Lo demás de nada vale”. Ese era el mensaje de Josemaría Escrivá que a cada momento venía a nuestra mente: Vivir para Dios. *“Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor.”* Y también: *“Todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, quien nos llama a identificarnos con Él, para realizar –en el lugar donde estemos- su misión divina”.*

Convinimos en que nuestra vida tenía que cambiar, que la situación de abandono en que vivíamos, apta para la intoxicación maligna y las fáciles influencias de un mundo corrompido y hedonista, había que excluirlo de nuestra vida y retornar al amor de Dios, fuente y faro de salvación. Única felicidad posible. No ha otra. Para ello tendríamos que recuperar nuestras oraciones, volver a los sacramentos, al rosario secular, arma poderosa donde la Virgen, madre de Dios, nos esperaba. Había que regenerar el tejido nervioso de nuestra vida de piedad...De forma que el tapiz polvoriento de nuestra vida cristiana recuperara su color y su brillo, haciéndose visible la imagen de Cristo borrada por nuestros pecados y olvidos, Cristo paciente y amoroso, el rostro de Cristo Rey que, con su sangre, nos limpiaba de la miseria cotidiana, nos devolvía al estado límpido y original. ¡Nos volvía a los años gozosos de nuestra niñez, aquellas visitas escolares al Santísimo, los días del mes de mayo en torno a la Virgen luminosa vestida de flores! ¡Qué alegre encuentro! ¡Qué resplandor en el amanecer de la mañana! Y empezamos a sonreír...Decidimos entonces, visitar los santuarios de María: Fátima, Lourdes, La Encarnación de Nazaret, Belén, el Pilar, Montserrat... ¡tantos! En cualquiera de nuestros pueblos, por desconocido que sea, allí se guarda y se venera esa imagen de María de rostro sonriente con su Hijo en los brazos, siempre madre...Cualquiera de esos lugares, por humilde, se puede convertir en lugar santo de peregrinación mariana...

“Todo este horizonte –en palabras de Mons. Javier Echevarría- lleva consigo también una aventura: la aventura de convertirse, de amar a Dios con “todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas” y al prójimo como a uno mismo, en el quehacer cotidiano”. “En todo instante hay que buscar al Señor, encontrarle y amarle. Encuentro

que se realiza –seguirá diciendo el prelado- en la oración, en la Eucaristía y en los demás sacramentos de la Iglesia; pero también en el cumplimiento fiel y amoroso de los deberes familiares, profesionales y sociales propios de cada uno.”

¿Qué había pasado? Ocurrió que Dios, que es Padre sobre todo nombre, tuvo compasión de nosotros y un día nos salió al paso y nos llamó por medio de la voz de uno de nuestros hijos que, insólitamente para nosotros, nos sugirió el encuentro con Josemaría Escrivá de Balaguer, al que quizá ni él mismo conocía, acudiendo a un centro de la Obra a ver una de sus películas, ver y oír una de sus tertulias. Sabríamos después, gozosa comunión de los santos, que había muchas personas que rezaban por nosotros desde hacía tiempo, oraciones que nos causaban inquietud, no se qué desasosiego como de alguien que nos hablara por dentro, la queja de alguien que llamara a nuestra alma como aquella del Soneto anónimo de nuestro Siglo de Oro, voz que insistía en que le abriéramos la puerta de nuestro olvido, que la noche era llegada, arreciaba el viento y la lluvia, y el Amado fenecía anhelante, lastimado de amor, pidiendo nuestro auxilio...No podía ser, Señor, seguro que te equivocabas de puerta, ¿quiénes éramos nosotros para que como mendigo cubierto de frío, hambriento, llamaras a nuestra casa rogando la limosna de nuestro amor perdido? Eso no podía ser, te decía lo mismo que Pedro cuando quisiste lavar sus pies: Pero Señor, ¿no te das cuenta de que equivocas los papeles? ¡Es a mí a quien le toca mendigar, suplicar y llorar, puesto que el perdido soy yo, hijo pródigo al fin! No dejabas de insistir y, pese a la oscuridad de la noche, te abrimos la puerta y entraste con vestido de Amado en nuestra casa, en nuestras vidas anhelantes deseosas de recibir el amor que nos traías, tus ropas de escarcha y de rocío, cordero manso hendido en el costado, cordero lechal dispuesto al sacrificio...

Fue cuando comenzamos a conocer de veras a Josemaría y, pronto sabríamos, por experiencias interiores, que éramos hijos de su oración. Que nada de aquello era casual, juego del destino, que Dios nos tenía anotados en su libro de amor desde la fundación del mundo y que ese sacerdote vilipendiado, sin conocernos, desde al amor infinito de Dios, había rezado por nosotros, gente olvidada... Por eso pedimos nuestra admisión a la Obra aquel 15 de octubre, y nos propusimos conocer la vida y la obra del Fundador, el mensaje de su oración gozosamente vivida: nuestro caminar tomaba el plano de lo eterno y comenzó a recomponerse nuestro tejido deshilachado, el dibujo de nuestra fe primigenia, el capullo que sabiamente tejía la paloma divina...

LO QUE IMPORTA

Lo primero, lo que importa en la vida, “*es ir al cielo: Si no, nada vale la pena*”. Aviso a tener en cuenta, sabio consejo. Nos invitaba a un ajuste de horario, poner la flecha de nuestra brújula en rumbo, enflechar el orto de nuestro camino, ese amanecer que todo lo alumbra. Navegar en nave segura. Con buen rumbo. ¡Ay, la Iglesia! Romper esos densos nubarrones de las amenazas enemigas, sortear las escaramuzas de un enemigo prepotente, amo del mundo, dispuesto a no soltar su presa magullada. Un enemigo conecedor de nuestra vida, maestro del engaño, explotador de nuestro orgullo. Enemigo que no fácilmente nos soltaba de sus fauces de lobo feroz. Nos humillaría, nos despojaría de privilegios, en la vida y en el trabajo. Perderíamos amigos y honores. Era un camino contracorriente que nos quitaba la felicidad. Vino la enfermedad, la prueba necesaria, la cruz esperada a seguir...La sentencia del Fundador sobre el cielo nos ponía contra la pared, emplazándonos a una lucha que veíamos desigual, Goliat con sus armas frente al David de solo su honda, el brazo oculto de Dios en la mañana...¡Todo el

ejército enemigo expectante, aguardando la derrota! Cayó Goliat, pero el enemigo no cejó en su persecución, en sus terribles zarpazos... Cuando todo parecía perdido, venía pronto el aviso firme y reiterado:”*Mirad: lo que hemos de pretender es ir al cielo. Si no, nada vale la pena*”. (*“Es Cristo que pasa”*).

Vendrían después otros avisos que ponían barruntos de esperanza en nuestra vida. Cirros dorados como plumas de ángeles. *“Dedica, sin regateo, el tiempo necesario a la oración; acude en ayuda de quien te busca; practica la justicia, ampliándola con la gracia de la caridad”*. (*“Es Cristo que pasa”*). Quizá el más comprometedor, el más directo, el punto uno de Camino: *“Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso. Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor”*. Frases, notas, que eran como florecillas que nos salían al camino de nuestras lecturas, campo de verdor, refulgente, en el que el alma encontraba su remanso más tranquilo y luminoso. ¿Eran esas las verdes praderas del cielo? ¿Significaba esto un nuevo caminar? Dios nos esperaba en la orilla, junto al mar, con los pececillos de la pesca en sus manos...”Venid a retiraros conmigo en un lugar solitario, y reposareis un poquito...”

“Al recordar esta delicadeza humana de Cristo, que gasta su vida en servicio de los otros, hacemos mucho más que describir un posible modo de comportarse,”- nos decía san Josemaría, Punto 109, saliéndonos al paso,“Es Cristo que pasa”.- *“Estamos descubriendo a Dios.”* Y nos dirá con palabras de sentido amor que *“Dios nos llama a través de las incidencias de la vida de cada día, en el sufrimiento y en la alegría de las personas con las que convivimos, en los afanes humanos de nuestros compañeros, en las menudencias de la vida familiar...”* ¡Es aquí, en ese escenario, donde Dios nos quiere! ¡Conoce nuestras limitaciones, nos ama con amor de Padre que conoce las angustias y penas de sus hijos que se esfuerzan y fracasan tantas veces en esa pelea de su vida ordinaria! Parece como si dijese: Yo soy que eres una calamidad, pero eres hijo mío, has salido de mis manos, te ha contaminado el mundo con sus mentiras y miserias y yo trato de salvarte una y otra vez, ya ves como sangro...Soy una fuente de misericordia que nunca se agota, la voluntad de mi Padre es que seque la sed de los sedientos, beber todo el dolor humano, daros agua de la fuente del manantial que no se agota y da vida eterna, lavarte con mi sangre que cura y salva...

LA VOCACIÓN

Leí en ese libro que viniera a mis manos y ahora se hacía vivo: *“No lo dudes: tu vocación es la gracia mayor que el Señor ha podido hacerte. Agradécésela.”*A estos pensamientos, venían sobre mí otros del mismo libro que hablaban de locura, de fuego, de sal, de apostolado...Pero Señor, ¿tú sabes quien soy yo? ¿Es a mí a quien hablas? Yo sólo soy un pecador, y lo sabes perfectamente, un siervo inútil incapaz de hacer nada a derechas, todo en mí es un mal tejido, un telar deshilachado, una voluntad sin fuerza y, sin embargo, me hablas de “sal de la tierra”, mi sal desvirtuada, mi nula voluntad...¡Si todo lo tienes que poner Tú! ¡Siempre te ha tocado ponerlo todo en mi vida! ¿Acaso hay algo bueno en mí que no sea tuyo? Tú mismo, por caminos torcidos, por sendas tenebrosas, me trajiste al Opus Dei, tu llamada. Aquí estoy Señor para hacer lo que me pidas, pero bien sabes que soy un siervo inútil... ¡Bien lo sabes! Todo en mi vida ha sido un sembrado estéril, un campo sin verdor...

Salimos del Centro (al que nuestro hijo nos llevó), la tarde caída ya, aturridos, sin comprender qué nos pasaba, tiempo de silencio que duraría meses, mientras leíamos las obras de San Josemaría empapándonos de sus palabras, su experiencia espiritual, su lucha interior, indicándonos la ruta de nuestra nueva vida... No sé cómo, porque ninguno de los dos nos atrevíamos, una tarde nos pusimos a rezar el santo rosario, venablo fino, y María salió a nuestro encuentro, y como Juan, la introducimos en nuestra casa, le hicimos un lugar en nuestra vida. No se hizo rogar, se adelantó a nuestras súplicas, mujer al fin cariñosa, nos tranquilizó con sus sonrisas maternas, nos habló con amor de su Hijo, nuestro Hermano, dijo, porque, como dice san Josemaría, si buscáis a María, encontraréis a Jesús. Y aprenderéis a entender un poco lo que hay en ese corazón de Dios que se anonada...". Conoce nuestras necesidades. Porque también somos hijos suyos. Fue así como comenzó nuestro trato con Ella, su imagen ocupa desde entonces nuestro centro familiar, es el canto cotidiano de Adela desde su enfermedad, la Virgen y el Niño, canción que en su boca se hace gemido de amor que traspasa el cielo... A través de ella encontramos a Jesús, así lo buscamos en nuestro viaje a Tierra Santa: Muéstranos a tu Hijo, le pedíamos. Y nos lo mostró en Belén, como a los pastores... ¡Miradlo! ¡Ved cuan hermoso es! Ella es nuestro modelo, dulce nombre en nuestros labios, como no podía ser de otra manera, vino para rehacer nuestra vida espiritual, abrir la puerta tanto tiempo cerrada de nuestro corazón prisionero, elaborando dulcemente con sus sonrisas y palabras, la más humilde de las mujeres, ¡la que creyó!, las rosas de nuestro regreso al amor de Dios, lo más grande que pudo sucedernos, "¿de qué, que venga a nosotros la Madre de Dios? ¡Bendita tú que has creído lo que se te dijo de parte del Señor!... ¡Todas las generaciones te llamarán bienaventurada!"

¡Que Dios Padre misericordioso nos esperara en la puerta de su Casa, a nosotros, hijos de su memoria, pródigos perdidos, y nos atrajera al abrazo de su Amor feliz con lágrimas de sus ojos y besos de su boca...! Todo eso se nos anunciaba con barruntos de esperanza, de vida interior, el cielo nimbado de fulgores, que no eran otra cosa que ángeles anunciándonos la alegría del cielo y de la navidad... Empezamos a entender, estrenábamos traje nuevo, nuestros harapos quedaban en el suelo arrastrados por la escoba... Eso ocurriría aquel 15 de octubre de 1985, día de Santa Teresa de Jesús, nuestra intercesora. Ese día, Josemaría Escrivá se dio a conocer como Padre nuestro, con muestras visibles de padre cariñoso, nosotros fruto de su oración...

Fue así, como sucedieron las cosas. Cómo nuestra vida perdida fue encontrada, cómo nuestros labios se hicieron ardientes, la palabra de Dios era un licor precioso, bebida de ángeles, y nuestro tapiz recobró su hechura y color, señal inequívoca de nuestra vocación que durante meses se barruntaba en nuestro horizonte con nubes clamorosas cuyo sentido no terminábamos de entender. ¿Qué era lo que se nos anunciaba? ¿Qué significaban esos cirros color de rosa en el cielo azul, luminosas formas, ángeles o pastores, como si Dios con su mano se entretuviera dibujando nuestros nombres, fácilmente legibles, en las estrellas? Fue un presentimiento que cada día se hacía más nítido pese a desgracias familiares, pese a malas noticias, una voz cariñosa, nos decía: Pasad, no os quedéis en la puerta, todos los días, ¡toda la vida!, os esperaba... la mesa está puesta, yo mismo os serviré...

Volvía el consejo insistente: "*Mirad: lo que hemos de pretender es ir al cielo. Si no, nada vale la pena*". Fue la frase que vino a señalarnos la ruta. Así, para siempre. Y todo por la gracia de Dios...

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ.

El 17 de mayo de 1992, como hijos de su oración, asistimos en Roma a la beatificación de don Josemaría Escrivá de Balaguer, viaje inolvidable desde Almería recorriendo la primavera del litoral Mediterráneo, Francia, los Alpes, Italia, hasta la campiña romana. Un grupo maravilloso de familias y miembros de la Obra, que celebrábamos nuestras eucaristías al atardecer de cada día en los hermosos paisajes franceses e italianos, en sus verdes campos, en alguna gasolinera, siempre el mar a nuestra vista. Acampamos al sur de Roma, en plena campiña, al frescor de los viñedos y los ruidos agrícolas. ¡Qué gran día aquel 17 de mayo, la Plaza de San Pedro desbordada por el casi un millón peregrinos de todo el mundo, eufóricos bajo las columnas del Bernini escuchando la voz recia del Papa Juan Pablo II leyendo la fórmula de Beatificación de Josefina Bakhita, virgen, Hija de la Caridad, y de Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote, Fundador del Opus Dei! En nuestros oídos los ecos de aquellas palabras de san Josemaría, siempre presentes: *“Seguir a Cristo: este es el secreto. Acompañarle tan cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos”*. (“Amigos de Dios”, 299). Hermoso día aquel, nuestra visita al atardecer a la iglesia de san Eugenio a Valle Giulia para venerar las reliquias del Beato, la noche estrellada, el clamor de la Roma histórica, cristiana, volteada de campanas, noche llena de rumores y palabras...

“Elevar el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro: he aquí el ideal que el Santo Fundador os indica, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por su elevación a la gloria de los altares. Él continúa recordándonos la necesidad de no dejaros atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo y a la inercia interior”, palabras de Juan Pablo II.

No pudimos estar en Roma, como hubiéramos querido, el domingo 6 de octubre de 2002, sí estuvimos en espíritu por medio de la TV, en la canonización de Josemaría Escrivá, san Josemaría Escrivá, también por el Papa Juan Pablo II, culminación de su camino de entrega a Dios, porque, como no se cansaba de repetir, “ir al cielo, es lo que importa; lo demás no merece la pena...”

“San Josemaría fue escogido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que las actividades comunes que componen la vida de todos los días son camino de santificación. Se puede decir que fue el santo de lo ordinario” Palabras de Juan Pablo II, el 7 de octubre de 2002, en una audiencia en la Plaza de San Pedro. *“Este santo sacerdote enseñó que Cristo ha de ser el ápice de toda actividad humana (cf Jn 12,32). Su mensaje –seguirá diciendo- mueve al cristiano a actuar en los lugares en los que se modela el futuro de la sociedad. De la presencia activa del laico en todas las profesión es y en las fronteras más avanzadas del desarrollo ha de derivar forzosamente una contribución positiva al fortalecimiento de esa armonía entre la fe y la cultura de que tan necesitado está nuestro tiempo.”*

En nuestra aproximación a su vida, mientras pudimos, visitaríamos su ciudad natal, Barbastro, la catedral y la casa de la plaza del Mercado, Torreciudad sobre todo, castillo

espiritual mariano sobre el verde de las aguas del pantano del Grado, allá el Pirineo aragonés, leeríamos sus libros, cartas y meditaciones, palabra viva y penetrante sobre muchos temas...

“El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine...” ¡Somos hijos de Dios, *“portamos la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras...!”*, nos dirá en Forja, 1.

Días antes de su muerte en 1975, diría a un grupo de fieles de la Obra:

-“Estáis comenzando la vida. Unos comienzan y otros acaban, pero todos somos la misma Vida de Cristo: ¡Y hay tanto que hacer en el mundo! Vamos a pedirle al Señor, siempre, que nos ayude a todos a ser fieles, a continuar la labor, a vivir esa Vida, con mayúscula, que es la única que merece la pena: la otra no vale la pena, se va, como el agua entre las manos, se escapa. En cambio, ¡esa otra Vida!...”

“¿Qué queréis que os diga? Ya os lo he dicho siempre: que habéis sido llamados por Dios para que seáis santos, para que seamos santos, como enseñaba san Pablo. Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto: esas son las palabras de Cristo...”

-“Entendí que la filiación divina había de ser la característica fundamental de nuestra espiritualidad: Abba, Pater! Y que, al vivir la filiación divina, los hijos míos se encintrarían llenos de alegría y de paz, protegidos por un muro inexpugnable; que sabrían ser apóstoles de esta alegría, y sabrían comunicar su paz, también en el sufrimiento propio o ajeno. Justamente por eso: porque estamos persuadidos de que Dios es nuestro Padre...”

Alma contemplativa, maestro de contemplativos, insistía en que es del todo necesario que la vida del cristiano sea esencialmente, ¡totalmente!, eucarística. *“Alma de Eucaristía”* Le gustaba hacer –confesaría a uno de sus hijos- actos de fe explícita en la presencia real de Jesús Sacramentado. *“¡Jesús, te adoro!”* Consideraba a la Eucaristía prenda segura de nuestra esperanza. *“Nos insistía a Mons. Álvaro del Portillo y a mi – cuenta Mons. Javier Echevarría, actual Prelado de la Obra- que no pasásemos delante del Tabernáculo, sin decirle que le queréis con toda el alma, que queréis custodiarle en vuestros corazones, que le agradéis su presencia en el Sagrario para consuelo nuestro, que nos ayude con su fortaleza y su omnipotencia y, después de hacernos estas consideraciones, agregaba, yo lo hago.”* *“Te doy gracias, Dios mío, porque desde joven me has hecho entrever la maravilla del Amor desde el misterio de la Eucaristía”*, solía repetir.

Desde el amor y la oración de san Josemaría, también nosotros, desde el silencio y la desmemoria, desde esa presencia oculta y manifiesta de Dios, damos gracias al Señor porque, como él tanto repetía, *ir al cielo es lo que importa...* Gracias a san Josemaría por enseñarnos a buscar el Rostro de Cristo, nuestra contemplación...

JOSEMARÍA ESCRIVÁ

“Pocas semanas antes de su muerte, tratando de dar el justo enfoque a su existencia – escribe Vázquez de Prada, su biógrafo- manifestaba un hondo sentido de la Providencia divina al decir: El Señor me ha hecho ver cómo me ha llevado de la mano”

Nació Josemaría en un hogar cristiano, un hogar como muchos de nuestro país, según confesaba años después, hijo de padres ejemplares que practicaban y vivían su fe.

En Barbastro, la Calle Mayor, frente a la casa de los Argensola, con balcones a la plaza del Mercado, nació y jugó de niño Josemaría. Sus padres, un comerciante conocido por su caballerosidad, don José Escrivá, respetado y muy conocido, y doña Dolores Albás, una mujer de su casa. Constituían lo que se llama una familia “buena y desahogada”, muy estimada. Seis hijos tuvo el matrimonio, cuatro niñas, de las que tres murieron con nueve meses, cinco años y ocho años de edad, marcando el carácter de Josemaría. Se salvó Carmen que, parecida a él, le acompañaría toda su vida. Chon, la que murió con ocho años, sería la compañera de juegos de Josemaría. También él estuvo a punto de morir. Angustiada, in extremis, su madre prometió a la Virgen subir a su ermita de Torreciudad si lo sanaba. Y lo curó. A los pocos días, en brazos de su madre, haría Josemaría su primera peregrinación a aquel agreste recinto. “*¡Señora y Madre mía – escribiría años después- tu me diste la gracia de la vocación, me salvaste la vida, siendo niño; me has oído muchas veces!...*”

Siempre recordaría “*los blancos días de su niñez*”. Su casa, sus hermanas, sus padres, su ciudad. Su padre, elegante y severo, del que tanto aprendió. Las misas del domingo en la Catedral. El colegio. La primera comunión. El bachillerato. Los veranos en Fonoz, a la otra margen del Cinca, en la casa de su abuela Constanza, la madre de su padre. ¡Los dulces años de su infancia!

Cambió de rumbo su vida cuando el negocio de su padre dio en quiebra, y, 1914, se ven obligados a dejar Barbastro y trasladarse a Logroño, donde don José entra a trabajar en el comercio, “*La Gran Ciudad de Londres*”. La aceptación cristiana de aquella ruina por su padre dejará huella en el alma de Josemaría. “*Tengo un orgullo santo: amo a mi padre con toda mi alma, y creo que tiene un cielo muy alto porque supo llevar toda la humillación que supone quedarse en la calle, de una manera tan digna, tan maravillosa, tan cristiana*”, dirá un día.

Pero los caminos del Señor no son nuestros caminos y, hasta pasado el tiempo, desconocemos su sentido. En el caso de Josemaría, como en el de tantos, Dios venía preparando su alma para algo especial y trascendente. “*El Señor me fue preparando a pesar mío, con cosas aparentemente inocentes, de las que se valía para meter en mi alma esa inquietud divina*”.

Entre muchos signos, se refiere concretamente a la huella de los pies descalzos de un carmelita, recién llegado a Logroño, que dejó en la nieve. Pisadas que le impresionan vivamente, y le hacen preguntarse, si ese fraile hace eso por Cristo, ¿qué debo hacer yo? Es la navidad de 1917. Piensa que esa huella le está señalando un camino y que Dios está esperando que lo siga. Algo se despierta en su interior. Por de pronto vivirá una vida más cristiana, siente la necesidad de llenar su vida de Dios, de frecuentar la Eucaristía y comienza a pensar si ese camino no lo estará llamando al sacerdocio... “*Comencé a barruntar el Amor, sin darme cuenta que el corazón me pedía algo grande y que fuese amor. Yo no sabía lo que Dios quería de mí, pero era, evidentemente, una elección. Ya vendría lo que fuera...*”

Junto a sus lecturas de los clásicos de espiritualidad, el carmelita descubría en su alma los brotes de la vida contemplativa. No ignoraba Josemaría que a esa Orden pertenecían los más altos representantes de la mística: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, cuyas obras conocía. Buscó a ese carmelita y le pidió que lo dirigiera espiritualmente. Este le plantea su posible vocación carmelita, pero él tiene claro que lo que Dios le pide es otra cosa. *Dómine, ut videam!* ¡Señor, que vea! Fue entonces cuando se decidió por el sacerdocio...

Se lo dijo a su padre. “Yo no me opondré”, le contestó con lágrimas en los ojos. Y le buscó la persona indicada que le orientara... Poco después comenzaría sus estudios eclesiásticos en Logroño. Al año siguiente, nacía su hermano Santiago...

Como en mis anteriores semblanzas, lo que más me interesa aquí es resaltar la vida contemplativa de san Josemaría. Esta es la raíz de su santidad. Era un hombre de fuertes y arraigadas convicciones religiosas, de profunda fe cristiana, conocedor de los grandes autores de nuestro Siglo de Oro, nuestro más importante siglo literario indudablemente católico, como lo fue también en Arte...

Josemaría celebraría su primera misa en la Santa y Angélica Capilla del Pilar de Zaragoza el 30 de marzo de 1925, a las diez y media de la mañana, por el alma de su padre, quien falleció el 27 de noviembre de 1924.

Zaragoza. Madrid.

-¿Y qué harás en Madrid?

*-Me colocaré de preceptor o trabajaré dando clases...,-*contestaría a la pregunta de un amigo.

Madrid, clases particulares, el Patronato de enfermos, del que sería capellán. Crucial fue su dedicación sacerdotal y benefactora con los pobres y enfermos de las barriadas de Madrid. Pedro Rocamora, quien a veces le ayuda a misa, contaría que “al celebrar, se producía en él una especie de transfiguración”.

-“Josemaría parecía desprendido de contorno humano y como atado por lazos invisibles a la divinidad. Este fenómeno culminaba sobre todo en el momento del Canon. Algo extraño pasaba en ese instante, en el que Josemaría parecía estar como desprendido de la circunstancia real en que se hallaba (iglesia, presbiterio, altar) y asomarse a misteriosos y remotos horizontes celestiales”.

Y lo que decía Pedro Rocamora, lo decían también otros que solían ayudarlo. “*Emoción que terminaba en lágrimas*”.

El Patronato era un centro asistencial de gente pobre. Las historias de esta etapa del joven Josemaría es prolija. Le pidieron que confesara a un moribundo rabiosamente anticlerical. El pobre hombre estaba ya en coma y pocas esperanzas había de que se confesara. Es más, ya lo había intentado sin éxito otro sacerdote. Don Josemaría tenía la costumbre de encomendar a la Virgen sus enfermos. Y también lo hizo con este, claro.

“-¡Pepe!, -le llamó por su nombre-. ¿Se quiere usted confesar?”

El hombre contestó como si despertara.

-Si, -le dijo.

Don Josemaría mandó a todos que lo dejaran solo con él. Se confesó con su ayuda y recibió la absolución...”

¡Nunca, por la gracia de Dios, quedó un enfermo en aquel hospital que no se confesara antes de su muerte!

2 DE OCTUBRE DE 1928

Don Josemaría, desde su juventud, tenía la costumbre de escribir las cosas que pensaba o que le acontecían. Estas notas han sido muy importantes para conocer la historia de su alma, aunque muchas de aquellas notas fueran destruidas por él.

-Domine, ut videam! Domine, ut sit!,- seguía repitiendo, notando que algo estaba a punto de suceder en su vida.

Y sucedió la mañana de aquel martes 2 de octubre de 1928, fiesta de los Ángeles Custodios, después de celebrar la misa. Lo cuenta él mismo en sus notas:

“Recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles. Conmovido me arrodillé –estaba solo en mi cuarto, entre plática y plática-di gracias al Señor, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles”.

“Aquel 2 de octubre de 1928, durante esos días de retiro en la casa de los Paúles en la calle García de Paredes de Madrid, le habían asignado un cuarto que estaba en una zona hoy desaparecida,- escribe Salvador Bernal en unos apuntes apresurados de 1976.- Mientras hacía oración en ese cuarto –comentaría don Álvaro del Portillo- vio el Opus Dei y oyó repicar las campanas de la no muy lejana parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, junto a Cuatro Caminos, que sonaban a voleo festejando la festividad de ese día: la de los Santos Ángeles”.

“Desde ese momento –diría san Josemaría predicando el 2 de octubre de 1962- no tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a trabajar, a moverme, a hacer: a poner los fundamentos.”

-“La Sabiduría infinita me ha ido conduciendo, como si jugara conmigo, desde la oscuridad de los primeros barruntos, hasta la claridad con que veo cada detalle de la Obra, y bien puedo decir: Deus docuiste me a iuventute mea; et usque nunc pronuntiabo mirabilia tua (Ps. LXX,17), el Señor me ha ido adoctrinando desde el principio de la Obra, y no puedo menos de cantar sus maravillas y luchar para que se cumpla su voluntad, porque está en juego la salvación de mi alma, si no lo hiciera.”

-“¿Te parece poca locura decir que en medio de la calle se puede y se debe ser santo? ¿Que puede y debe ser santo el que vende helados en un carrito, y la empleada que pasa el día en la cocina, y el director de una empresa bancaria, y el profesor de la universidad, y el que trabaja en el campo, y el que carga sobre las espaldas las maletas?...¡Todos llamados a la santidad! Ahora esto lo ha recogido el último Concilio, pero en aquella época –1928- no le cabía en la cabeza a nadie. De modo que... era lógico que pensarán que estaba loco...Ahora y parece natural, pero entonces no era así. A uno que quería ser santo le decían: “pus, métete...Frândinho”, respuesta de don Josemaría, años después, a una pregunta que le hicieron en Brasil.

-“Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa –homo peccator sum (Luc. V,8), decimos con Pedro –pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que

sea su estado, su profesión u oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad no es necesario abandonar el propio estado en el mundo, para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo.”

-“Lo extraordinario nuestro –sigue diciendo el Fundador- es lo ordinario: lo ordinario hecho con perfección. Sonreír siempre, pasando por lo alto –también con elegancia humana- las cosas que molestan, que fastidian: ser generosos sin tasa. En una palabra, hacer de nuestra vida corriente una continua oración”.

LA FILIACIÓN DIVINA.

Punto 1 de Forja: *“Hijos de Dios.- Portadores de la única llama capaz de iluminar los caminos terrenos de las almas, del único fulgor, en el que nunca podrán darse oscuridades, penumbras ni sombras.*

-El Señor se sirve de nosotros como antorchas, para que esa luz ilumine... De nosotros depende que muchos no permanezcan en tinieblas, sino que anden por senderos que llevan hasta la vida eterna.”

En nuestro deseo de acercarnos lo más posible al alma de san Josemaría, lo mejor es dejar que él mismo nos abra su corazón lleno de amor tomando de su ingente documentación aquellos párrafos que, a nuestro juicio, en mi caso particular, más me han impresionado. Textos recogidos de sus biógrafos y personas que más le conocieron, como don Álvaro del Portillo y don Javier Echevarría, prelados del Opus Dei:

“De 1975, días antes de su muerte, dijo en una conversación a un grupo de fieles de la Obra:

-“Estáis comenzando la vida. Unos comienzan y otros acaban, pero todos somos la misma Vida de Cristo: ¡Y hay tanto que hacer en el mundo! Vamos a pedirle al Señor, siempre, que nos ayude a todos a ser fieles, a continuar la labor, a vivir esa Vida, con mayúscula, que es la única que merece la pena: la otra no vale la pena, se va, como el agua entre las manos, se escapa. En cambio, ¡esta otra Vida!...

¿Qué queréis que os diga? Ya os lo he dicho siempre: que habéis sido llamados por Dios para que seáis santos, para que seamos santos, como enseñaba san Pablo. Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto: esas son las palabras de Cristo.

Ser santos es ser dichoso, también aquí en la tierra. Y me preguntaréis, quizá: Padre, y usted ¿ha sido dichoso siempre? Yo, sin mentir, recordaba hace pocos días, no sé dónde fue, que no he tenido nunca una alegría completa; siempre, cuando viene una alegría, de esas que satisfacen el corazón, el Señor me ha hecho sentir la amargura de estar en la tierra, como un chispazo del Amor...Y, sin embargo, no he sido nunca infeliz, no recuerdo haber sido infeliz nunca. Me doy cuenta de que soy un gran pecador, un pecador que ama con toda su alma a Jesucristo. Así que, infeliz, nunca; alegría completa, nunca tampoco. ¡Ay que lío me he hecho!

Ayudadme a ser santo; pedir por mi para que sea bueno y fiel. Pero que no se quede todo en palabras; poned también obras, que el ejemplo arrastra...”

-“Entendí que la filiación divina había de ser una característica fundamental de nuestra espiritualidad: Abba, Pater! Y que, al vivir la filiación divina, los hijos míos se encontrarían llenos de alegría y de paz, protegidos por un muro inexpugnable; que sabrían ser apóstoles de esta alegría, y sabrían comunicar su paz, también en el

sufrimiento propio o ajeno. Justamente por eso: porque estamos persuadidos de que Dios es nuestro Padre...”

Esta característica de la filiación divina vendría a constituir el cimiento y el eje en torno al cual giraría el espíritu del Opus Dei. Cuenta como se dio cuenta de ello y de cómo Dios quería que la contemplación tuviera lugar también en medio del mundo: la oración en la calle...

-“*La oración más subida la tuve...yendo un día en un tranvía y, a continuación vagando por las calles de Madrid, contemplando esa maravillosa realidad: Dios es mi Padre. Sé que, sin poderlo evitar repetía: Abba, Pater! Supongo que me tomarían por loco...*”

-“*Os podría decir hasta cuando, hasta el momento, hasta dónde fue aquella primera oración de hijo de Dios.*”

-“*Aprendí a llamar Padre, en el Padrenuestro, desde niño; pero sentir, ver, admirar ese querer de Dios de que seamos hijos suyos..., en la calle y en un tranvía –una hora, hora y media, no lo sé- Abba, Pater!, tenía que gritar. Aquel día, aquel día quiso de una manera explícita, clara, terminante, que, conmigo, vosotros os sintáis siempre hijos de Dios, de este Padre que está en los cielos que nos dará lo que pidamos en nombre de su Hijo...*”

-Alma de Eucaristía,- entrevista de Salvador Bernal a don Javier Echevarría.- En diversos lugares –por ejemplo, Forja, 826 y 835- Mons. Escrivá de Balaguer ha escrito sobre la necesidad de que la vida del cristiano sea esencialmente, ¡totalmente! Eucarística. Lo compendia en una frase clásica: alma de Eucaristía. En cierto modo, ese rasgo de su espíritu contemplativo está implícito en la Santa Misa. Pero ofrece algunos elementos específicos.

-“*Le gustaba hacer actos de fe explícita en la presencia real de Jesús Sacramentado: creo que estás presente con tu Cuerpo, con tu Sangre, con tu Alma y con tu Divinidad. ¡Jesús, te adoro! Consideraba la Eucaristía prenda segura de nuestra esperanza. Nos razonaba que, si estando aquí en la tierra y no siendo dignos de recibir al Señor, Él se nos entrega, ¡imaginaos qué será cuando lo poseamos eternamente en el Cielo!*”

-“*Nos insistía, a Mons. Álvaro del Portillo y a mí, (sigue don Javier Echevarría) que no pasásemos delante del Tabernáculo, sin decirle que le queréis con toda el alma, que queréis custodiarle en vuestros corazones, que le agradeceréis su presencia en el Sagrario para consuelo nuestro, que nos ayude con su fortaleza y su omnipotencia; y, después de hacernos estas consideraciones, agregaba: yo lo hago.*”

-“*Con esa pasión por Jesús Sacramentado que le consumía, nos rogaba el 26 de febrero de 1970: “Uníos a mi oración constante. Rezo todo el día y por la noche. Uníos a mi Santa Misa. Haced muchos actos de fe y de amor en la presencia eucarística; y haced muchos actos de desagravio. Decid al Señor que le amáis con toda el alma, que no le queréis hacer sufrir, que deseáis desagraviarle continuamente.*”

-“*Nos repetía constantemente, te doy gracias, Dios mío, porque desde joven me has hecho entrever la maravilla del Amor desde este misterio de la Eucaristía.*”

-“*Mientras celebraba la Misa esta mañana, le he dicho a Nuestro señor con el pensamiento: yo te acompaño en todas las procesiones del mundo, en todos los Sagrarios donde te honran, y en todos los lugares donde estés y no te honren.*”

-“*El Gran Solitario, porque la gente le ha abandonado. No entienden de amor, de*

comprensión, de entrega. ¡Cómo van a entender, si no quieren acudir a la fuente! Yo pido al Señor, para todo el mundo, para mis hijas, para mis hijos y para mí, que sepamos tratar a Cristo en la Eucaristía. Acudir con fe, con delicadeza, con continuidad. No importan nuestras miserias personales, si estamos en gracia de Dios”

-“¡Jesús, que has curado a tantas almas, haz que te vea como Médico Divino en la Hostia Santa!.”

De los “Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei”, ya citados, que redactara con cariño desbordante Salvador Bernal, selecciono el siguiente texto:

1975: “COMO UN NIÑO QUE BALBUCEA”

*-Al llegar a la noche y hacer el examen, al echar las cuentas y sacar la suma, ¿sabéis cuál es? **Pauper servus et Humilis!***

De esta forma hablaba de sí mismo el Fundador del Opus Dei, y quienes lo escuchaban no podían menos de emocionarse al experimentar la verdadera y profunda humildad con que lo decía. Se sentía ante el señor como un siervo pobre e inútil, que quería ser bueno y fiel. Cada noche, antes de retirarse al descanso, rezaba postrado sobre el pavimento el Salmo 50, con aquel verso que tantas veces repitió como jaculatoria: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias!* (No desprecies, Señor, el corazón contrito y humillado).

El domingo 26 de mayo de 1974, celebró la Santa Misa en el oratorio de un Centro del Opus Dei en Sao Paulo. Después, tomó la palabra, expresando su acción de gracias en voz baja y pausada:

“Es bueno que cada uno de nosotros invoque a su Ángel Custodio, para que sea testigo de este milagro continuo, de esta unión, de esta comunión, de esta identificación de un pobre pecador –eso es cada uno de nosotros, y sobre todo yo, que soy un miserable– con su Dios.

*“Sabiedo que es Él, le saludamos poniendo la frente en el suelo, con adoración. **Serviam!** Nosotros te queremos servir. Le pediremos perdón de nuestras miserias, de nuestros pecados, y nos dolerán los pecados de todo el mundo. **Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores:** sentiremos sobre nuestro pecho ese fardo de iniquidad, de toda la miseria que hay en el mundo, especialmente en estos últimos años. Querremos no sólo pedirle perdón, sino remediar de alguna manera todo esto: ¡desagraviar!*

“Tendremos que confesar nuestra nada: Señor, ¡no puedo!, ¡no valgo!, ¡no sé!, ¡no tengo!, ¡no soy nada! Pero tu lo eres todo. Yo soy tu hijo, y tu hermano. Y puedo tomar tus méritos infinitos, los merecimientos de tu Madre y los del Patriarca San José, mi Padre y Señor, las virtudes de los Santos, el oro de mis hijos, las pequeñas luces que brillan en la noche de mi vida por la misericordia infinita tuya y mi poca correspondencia. Todo esto te lo ofrezco, con mis miserias, con mi poquedad para que, sobre esas miserias, te pongas Tu y estés más alto.”

Siguen los Apuntes de Salvador Bernal: “El 28 de marzo de 1975 cumplió sus bodas de oro con el sacerdocio. La víspera, el día de Jueves Santo, hacía por la mañana su

meditación en el oratorio del Consejo general de la Obra. Estaban con él los otros miembros del Consejo. Se había sentado al fondo. Apenas iniciado ese rato de meditación, comenzó a orar en voz alta. Fue una oración sencilla, improvisada. Sus frases aciertan a compendiar –en la presencia de Dios- la vida de Mons. Escrivá de Balaguer. Vale la pena leer algunas de sus frases, al término de estos rápidos apuntes:

-“**Adauge nobis fidem!** ¡Auméntanos la fe!, estaba diciendo yo, diciendo al Señor. Quiere que le pida esto: que nos aumente la fe. Mañana no os diré nada; y ahora no sé lo que voy a decir... Que me ayudéis a dar gracias a Nuestro Señor por ese cúmulo inmenso, enorme, de favores, de providencias, de cariño... ¡de palos!, que también son cariño y providencia.

“Señor, ¡auméntanos la fe! Como siempre, antes de ponernos a hablar con intimidad Contigo, hemos acudido a Nuestra Madre del Cielo, a San José, a los Ángeles Custodios.

“A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea: estoy comenzando, recomenzando, como en mi lucha interior de cada jornada. Y así, hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando. El Señor lo quiere así, para que no haya motivos de soberbia en ninguno de nosotros, ni de necia vanidad. Hemos de vivir pendientes de Él, de sus labios: con el oído atento, con la voluntad tensa, dispuesta a seguir las divinas inspiraciones.

“Una mirada atrás... Un panorama inmenso: tantos dolores, tantas alegrías. Y ahora, todo alegrías, todo alegrías... Porque tenemos la experiencia de que el dolor es el martilleo del Artista, que quiere hacer de cada uno, de esa masa informe que somos, un crucifijo, un Cristo, el alter Christus que hemos de ser.

“Señor, gracias por todo. ¡Muchas gracias! Te las he dado; habitualmente te las he dado. Antes de repetir ahora ese grito litúrgico –**gratias tibi, Deus, gratias tibi!**-, te lo venía diciendo con el corazón. Y ahora son muchas bocas, muchos pechos, los que te repiten al unísono lo mismo: gratias tibi, Deus, gratias tibi!, pues no tenemos motivos más que para dar gracias.

“Esta vida que, si es humana, para nosotros tiene que ser también divina, será divina si te tratamos mucho. Te trataríamos aunqueuviésemos que hacer muchas antesalas, aunque hubiera que pedir muchas audiencias. ¡Pero no hay que pedir ninguna! Eres tan todopoderoso, también en tu misericordia, que, siendo el Señor de los señores y el Rey de los que dominan, te humillas hasta esperar como un pobrecito que se arrima al quicio de nuestra puerta. No aguardamos nosotros; nos esperas Tú constantemente.

“Nos esperas en el Cielo, en el Paraíso. Nos esperas en la Hostia Santa. Nos esperas en la oración. Eres tan bueno que, cuando estás ahí escondido por Amor, oculto en la especie sacramental –yo así lo creo firmemente-, al estar real, verdadera y sustancialmente, con tu Cuerpo y tu Sangre, con tu Alma y tu Divinidad, también está la Trinidad Beatísima: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...

“**Sancta María, Spes nostra, Sedes sapientiae!** Concédenos la sabiduría del Cielo, para que nos comportemos de modo agradable a los ojos de tu Hijo, y del Padre, y del Espíritu Santo, único Dios que vive y reina por los siglos sin fin.”

SU FALLECIMIENTO

El 26 de junio de 1975 falleció en Roma Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Esa mañana ya no se encontraba bien, aunque realizó sus actividades con cierta normalidad. Dijo su misa temprano y visitó después, en Castelgandolfo, acompañado de don Álvaro del Portillo y don Javier Echevarría, a sus hijas del Colegio Romano de Santa María con las que conversó y les recordó “su alma sacerdotal”: *“Podéis y debéis ayudar con esa alma sacerdotal y, con la gracia del Señor y el sacerdocio ministerial en nosotros, los sacerdotes de la Obra, haremos una labor eficaz...”*

En esa visita se le hizo a don Josemaría su última fotografía. Poco después se sentiría indispuesto y tuvo que descansar. Enseguida decidió regresar a Roma. Contó don Álvaro del Portillo, a Cesare Cavalleri, esos últimos momentos del Fundador:

Llegados a Villa Tevere, “el Padre saludó al Señor en el oratorio de la Santísima Trinidad y, como solía, hizo una genuflexión pausada, devota, acompañada por un acto de amor. A continuación subimos hacia mi despacho, el cuarto donde habitualmente trabajaba y, pocos segundos después de pasar la puerta, llamó ¡Javi! Don Javier Echevarría se había quedado atrás, para cerrar la puerta del ascensor, y nuestro Fundador repitió con fuerza: ¡Javi!, y después, en voz más débil: No me encuentro bien. Inmediatamente el Padre se desplomaba en el suelo.

“Pusimos todos los medios posibles, espirituales y médicos. En cuanto advertí la gravedad de la situación, le impartí la absolución y la Unción de los enfermos, como deseaba ardientemente: respiraba aún. Nos había suplicado con fuerza, infinidad de veces, que no le privásemos de aquel tesoro. Fue una hora y media de lucha, llena de amor filial: respiración artificial, oxígeno, inyecciones, masajes cardiacos.

“Nos resistíamos a convencernos de que había fallecido... Nos resignamos cuando vimos que el electrocardiograma era plano...”

Revestido el cadáver con un alba y una casulla sobre la sotana que llevaba puesta en ese momento, se puso entre sus manos cruzadas el crucifijo que San Pío X tuvo entre las suyas a la hora de su muerte.

Pronto corrió por Roma la noticia de su fallecimiento y millares de personas acudieron a la Sede Central del Opus Dei a orar ante su cadáver. Su rostro infundía serena paz. Era su “*dies natalis*” en el Cielo. Sobre su sepulcro, en mármol, se colocó la inscripción, EL PADRE. Y la fecha de su nacimiento y óbito.

El 17 de mayo de 1992 sería beatificado y el 6 de octubre de 2002 canonizado por el Papa Juan Pablo II. En esta ocasión, entre otras cosas, dijo el Papa:

“Eleva el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro: he aquí el ideal que el Santo Fundador os indica, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por su elevación a la gloria de los altares. Él continúa recordándoos la necesidad de no dejaros atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo y a la inercia interior.”

TEXTO DE UNA HOMILÍA (2.XII.1951): *“La oración se hace continua, como el latir del corazón, como el pulso. Sin esa presencia de Dios no hay vida contemplativa; y sin vida contemplativa de poco vale trabajar por Cristo, porque en vano se esfuerzan los que construyen, si Dios no sostiene la casa.”* (“Vocación cristiana”).